



## IX

A la puerta de la cocina, Gonzalo charlaba con Rosa:

— Rosa, ¿no le recomendé que no escribiese á mi hermana Gracia? ¡Qué tozuda es! ¿No tenemos lo suficiente para no molestar con esas peticiones á Oliveira? Gracias á Dios, la Torre da para mantener á una niña más.

Muriera Crispula, la viuda, vecina de la Torre, y Gonzalo andaba acomodando á los pobres niños, ya por encargo de él muy aseadamente vestidos de luto. La rapacita (llamábase también Crispula) pasaba á ser ayudanta de Rosa; uno de los muchachos, de doce años, espigado y listucho, empleáralo Gonzalo en la Torre para recados. Al otro, débil y acoquinado, pero con afición á carpintear, ya Gonzalo, bajo el patrocinio de la tía Louredo, lo colocara en Lisboa. De una de las otras chicuelas encargábase la madre de Manuel Duarte, adorable señora que habitaba una quinta hermosa junto á Treixedo y adoraba

á Gonzalo, de quien se consideraba *vasalla*. Pero para la más pequeña, Rosa recordara «que la señora doña María de la Gracia recogería de seguro á la criaturina». Gonzalo replicó secamente: «por un pedazo de pan más no se necesita incomodar á la *ciudad de Oliveira*». Rosa, sin embargo, entusiasmada con su obra, deseando para la pequeñucha el agasajo de una señora, escribiera á Graciña, por medio de la esmerada letra de Benito, una verbosa carta con la petición y toda la historia lamentosa de Crispula. Y era la respuesta de Graciña, enternecida con la recomendación «de mandarle en seguida la pobre niña», lo que molestaba al hidalgo.

Porque, desde la tarde abominable del Mirador, se apoderara de él una repugnancia casi pudorosa en comunicarse con los Cuñaes. Era como si ese mirador y la torpeza abrigada dentro de sus paredes color de rosaapestase el jardín, el palacete, el Paseo del Rey y toda la ciudad de Oliveira, y él ahora, por asco moral, retrocediese ante esa regiónapestada, donde su corazón y su orgullo se asfixiaban. Al día siguiente de su fuga recibiera una carta del buen Barrolo. «¿Qué te pasó? ¿Por qué no esperaste? Supimos de tu partida por casualidad, por un cochero de Macielles». Gonzalo respondió secamente en una tarjeta: «Negocios». Después recordó que dejara en la cómoda el manuscrito de la novela, y mandó á un mozo de la quinta de madrugada con un re-

cado casi secreto para el padre Sueiro, «para que le entregase la carpeta al portador bien envuelta, sin contárselo á los demás». Entre la Torre y los Cuñaes sólo deseaba separación y silencio.

En los encerrados días que pasó en la Torre sin arriesgarse á ir por Villa-Clara ante el terror de que la vergüenza de su nombre anduviese ya cuchicheada por el estanco de Simoes ó por el almacén de Ramos, no cesó de vibrar en él una cólera terrible que á todos abarcaba. Cólera contra la hermana que, pisando pudor, altivez de raza, recelo de los escarnios de Oliveira, tan fácil y desahogadamente como se pisan las flores de una alfombra, corriera al Mirador en busca del macho de los bigotazos apenas él le hiciera una seña con el pañuelo almizclado. Cólera contra Barrolo, rollizo y coloradote, que empleaba sus días vacíos celebrando á Cavalleiro, arrastrando á Cavalleiro hacia el Paseo del Rey, escogiendo en las bodegas los vinos más delicados para que á Cavalleiro se le calentase la sangre, arreglando los almohadas de todos los canapés para que Cavalleiro saborease su cigarro y la gracia presente de Graciña. En fin, cólera contra sí, que por la baja cubicación de un escaño en San Benito derruyera la única muralla segura entre la hermana y Cavalleiro, que era su enemistad; aquella enemistad desde Coimbra tan reforzada. Los tres eran culpables.

Después, una tarde, fastidiado ya de la sole-

dad, salió á dar un paseo por Villa-Clara, reconociendo que en el Casino, en el estanco de Simoes y en la tienda de Ramos, los amores de Graciña eran tan ignorados como si pasasen en las profundidades de la Tartaria. Inmediatamente su alma se abandonó á la dulzura de tejer disculpas sutiles para todos los culpables de aquella triste caída. Graciña, sin hijos, con un marido tan animal, ajeno á todos los intereses de la inteligencia, indolente hasta para hacer una costura ó un bordado cediera, ¿qué mujer no cedería á la crédula y primitiva pasión que le brotara en el alma y en ella se arraigaba dándole las únicas alegrías del mundo, é influencia todavía más poderosa arrancándole las únicas lágrimas? Barrolo, como el «pilriteiro» de la cantiga, incapaz de más nobles frutos, producía tan sólo los «pilritos» de su bobaliconería. Y él, pobre, ignorado, irresistiblemente se rindiera á la ley del acrecentamiento que lo llevara, como á todos l'va, ansioso de fama y de fortuna á colarse precipitadamente por la puerta casual que se abre sin reparar en los obstáculos que interceptan los umbrales. Realmente, todos bien poco culpables delante de Dios que nos creó tan ondulantes, tan frágiles, tan dependientes de fuerzas por nosotros menos gobernadas de lo que lo son el viento ó el sol.

No; irremisiblemente culpable sólo Andrés. En toda su conducta con Graciña, desde estudiante, mostrara siempre un egoísmo atrevido, sólo pu-

nible como punían los antiguos Ramires con la muerte después de horriblos tormentos. Mientras le agradó, en la ociosidad de los largos estíos, un enamoramiento bucólico bajo los árboles de la Torre, enamorárase. Viendo á Graciña intentó coger, sin los cargos de la paternidad, las emociones del sentimiento. ¡Ah! ¡Cómo trataría el abuelo Tructesindo á villano de tal villanía! De seguro lo asaba en en una hoguera delante de la Torre.

Pues él, nieto de Tructesindo, ni siquiera podía, cuando encontrase á Cavalleiro en las calles de Oliveira, pasar sin quitarse el sombrero. La menor disminución en esa intimidad tan desastrosamente recomenzada, sería como la revelación de la torpeza. Todo Oliveira cuchichearía, reiría. «Mira al hidalgo de la Torre. Mete á Cavalleiro en los Cuñaes con la hermana, y luego rompe de nuevo con Cavalleiro. Hubo escándalo, y gordo». ¡Qué delicia para las Louzadas! No, al contrario; ahora debía ostentar por Cavalleiro una fraternidad, que tapase enteramente el sucio enredo que por detrás latía.

Los días rodaban y en el espíritu de Gonzalo no se restablecía la serenidad, y sobre todo le amargaba sentir que estaba forzado á esa intimidad inevitable con Cavalleiro, tanto por el cuidado de su nombre como por la conveniencia de su elección. Toda su altivez se revolvía á veces contra aquella idea: «Qué me importa la elección?

¿Qué valor tiene un escaño en San Benito?» Pero luego, ante la seca realidad, enmudecía. La elección era la única hendidura por donde él lograría escapar de su agujero rural; y si rompiese con Cavalleiro, Cavalleiro improvisaría otro candidato por Villa-Clara. Desgraciadamente él era uno de esos seres que *dependen*, y la triste dependencia ¿de dónde provenía? De la pobreza, de su escasa renta, bastante para un hombre sencillo, pero pobreza para él con su educación, con sus gustos, con sus deberes de hidalguía, con su espíritu de sociabilidad.

Estos pensamientos, lenta y capciosamente le empujaron á otro pensamiento, á doña Ana de Lucena y á sus doscientos mil duros. Hasta que una mañana encaróse corajudamente con la posibilidad perturbadora de casarse con doña Ana. ¿Por qué no? Ella claramente le mostrara inclinación, casi consentimiento. ¿Por qué no casarse con doña Ana?

El padre carnicero, el hermano asesino; pero también él, entre tantos abuelos, hasta los suevos feroces, encontraría algún abuelo carnicero, y la ocupación de los Ramires á través de los siglos heroicos no consistiera realmente más que en asesinar. Por otra parte, el carnicero y el asesino muertos, sombras remotas, pertenecían á una leyenda que se apagaba. Doña Ana, por el casamiento, elevárase del populacho á la burguesía. El no la encontraba en casa de su padre, junto al

bellaco del hermano, sino en la quinta de la *Feitosa*, rica hembra, con administrador, con capellán y con lacayos, como una antigua Ramires. Sinceramente todo titubeo era pueril desde el momento en que esos doscientos mil duros de dinero muy limpio, de buen dinero rural, los traía con su cuerpo mujer tan hermosa y seria. Con ese oro puro y su nombre y su talento, no necesitaría, para dominar en política, del apoyo del falso Cavalleiro. Y después, ¡qué vida tan noble y tan completa! Su vieja Torre restituída al esplendor sobrio de otras eras; una labor lujosa en el histórico terruño de Treixedo; los viajes fecundos á las tierras que educan, y la mujer que traía estos regalos no le amargaba la vida, como en tantos casamientos ricos, con su fealdad. No; después del brillo social del día no le esperaba en la alcoba un mostrenco, sino una Venus.

Trabajado por estas tentaciones, envió una tarjeta á su prima María á la *Feitosa*, solicitando «encontrarse solos en algún paseo de los alrededores, porque deseaba tener con ella una conversación seria é íntima.» Tres inmensos días se arrastraron sin que viniese la ansiada carta de la *Feitosa*. Gonzalo concluyó que la prima María, comprendiendo la naturaleza de la conversación y sin nada que decirle, se retardaba. Atravesó entonces una desolada semana royendo la melancolía de su vida hueca y llena de incertidumbres. El orgullo, un pudor complicado no le con-

sentían volver á Oliveira al cuarto desde donde implacablemente divisaría por sobre el arbolado la cúpula del Mirador con su grueso Cupido, y casi se horrorizaba ante la idea de besar á la hermana en la cara que el otro baboseara. Sobre la elección cayera un silencio de cripta, y otra repugnancia más acerba aún le vedaba escribir á Cavalleiro. Juan Gouveia gozaba del veraneo, cogiendo conchas en la playa, y Villa Clara estaba intolerable en aquel mediado ardiente de Septiembre, con *Titó* en Alemtejo, y Manuel Duarte en la quinta de la madre dirigiendo las vendimias, y el Casino desierto y adormecido bajo el monótono susurrar de las moscas. . .

Para ocupar dignamente las horas, más que por deber de arte, retomó su novela. Tructesindo y sus caballeros corrían tras el Bastardo de Bayao. Lance dificultoso que reclamaba un brillantísimo colorido medioeval. Felizmente, en su poema el tío Duarte llenara ese violento hecho de bien pintados paisajes y de interesantes rasgos de guerra.

En la ribera del Coice, Tructesindo encontraba cortado el puente, cuyos rotos barrotes y tablo- nes carcomidos obstruían en el fondo la corriente escasa. En su fuga el Bastardo cautelosamente destrozáralo para contener la cabalgata vengado- ra. Entonces la pesada hueste de Santa Ireneia avanzó por la orilla, á lo largo de los chopos, buscando el vado del Espigal. Pero ¡qué tardan-

za! Cuando las últimas mulas de carga pisaran la tierra de allende la ribera, ya la tarde iba muriendo y en las pozas de agua el brillo se atenúa- ba, unas aún de oro pálido, otras apenas rosa- das. Inmediatamente D. García Viegas, el *Sabe- dor*, aconsejó que la mesnada se dividiese: el peonaje y la carga avanzando hacia Montemayor silenciosamente, para esquivar encuentros; los señores de lanza y los ballesteros, arrancando en dura carrera para coger al Bastardo. Todos loaran el ardid del *Sabedor*; la cabalgata, ali- gerada de las filas tardas de arqueros y fundi- bularios, marchó á rienda suelta, á través de las tierras yermas, hasta los *Tres Caminos*, donde se levanta solitariamente aquel castaño viejísimo que en otro tiempo, antes de ser conjurado por San Froalengo, abrigaba en el sábado más negro de Enero, á la claridad de noches azufradas, el aquelarre de todas las brujas de Portugal. Junto al castaño, Tructesindo, alzado sobre los estri- bos, dudaba cuál de las tres sendas tomar. Pasa- ra por allí el Bastardo malvado. ¡Ah!, ciertamente pasara por allí con toda su maldad, porque junto á una encina, junto á tres cabras flacas que ra- moneaban el herbazal, yacía con los brazos abier- tos un pobre pastorcito muerto con una flecha clavada en el pecho. Para que el triste cabrero no diera nuevas de la gente de Bayao, una brutal saeta le atravesara el pecho descarnado de ham- bre y mal cubierto de harapos. Mas ¿por cuál de

las sendas se metiera el malvado? En la tierra suelta que barría el viento Sudeste, que soplabá por entre los montes, no aparecía huella alguna, y en aquella soledad no había ni choza de villano desde donde alguien pudiera haber espiado. Entonces, al mando del alférez Alfonso Gómez, tres almogávares marcharan por los *Tres Caminos*, mientras los caballeros, sin desmontar, desataban los morriones para limpiar en las faces barbudas el sudor. Tructesindo quedóse bajo el ramaje del castaño de San Froalengo. Inmóvil sobre el caballo inmóvil, y al lado, con las carlancas erizadas de clavos, las sangrientas lenguas colgando, estirábanse dos mastines.

Ya en tanto la espera se alargaba inquieta y enfadosa, cuando el almogávar que se metiera por la senda del Naciente reapareció entre la polvareda gritando desde lejos. A la hora escasa de camino avistara una hueste acampada en sitio seguro, rodeado de estacas y vallado.

— ¡Dios sea loado! — gritó Tructesindo. Es D. Pedro de Castro el castellano, que entró con los leoneses para socorrer á las señoras Infantas.

Por ese camino no se atrevería el Bastardo. Mas ya por la senda del Poniente recogíase otro almogávar, contando que entre cerros, en un pinar, topara á unos cuantos arrieros genoveses retardados desde el alba porque uno de ellos moría de mal de fiebres. No pasara en todo el día, y los genoveses lo juraran, más que una

compañía de faranduleros volviendo de la feria de Grajelos. Sólo quedaba, pues, el trillo de en medio, pedregoso y entre barrancos, como el lecho enjuto de un torrente; y por él, á un grito de Tructesindo, trotó la cabalgata. Mas ya el crepúsculo tristísimo se extinguía y el camino estirábase agreste, interminable, entre cerros de rocas sin una cabaña, ni rastro de res ni de hombres. Después llegaron á una campiña árida, cubierta de soledad y penumbra, dilatada en su silencio hasta un cielo remoto donde ya se apagaba una última franja del Poniente, color de cobre y color de sangre. Entonces Tructesindo detuvo á las gentes junto á unos espinos que se retorcián en la sombra.

— ¡Por Dios, señores, que corremos en empresa vana y sin esperanza! ¿Qué pensáis vos, García Viegas?

Todo el bando se apiñara y un vaho cálido subía de los jinetes cansados bajo las coberturas de malla. El *Sabedor* extendió el brazo:

— Señores, el Bastardo metióse por el Valle Murtiño para pernoctar en el castillo de Agredel, que está bien fortalecido y es de la parentela de Bayao.

— Entonces, ¿qué hacemos nosotros, D. García?

— Nosotros, señores y amigos, pernoctaremos también. Volvamos á los *Tres Caminos*, y desde allí, en buena avenencia, vayamos al campamento de D. Pedro de Castro. Junto á tamaño señor,

encontraremos más hartamente que en nuestras alforjas lo que todos, cristianos y bestias, vamos necesitando: un poco de vianda, tres tragos de vino y cebada.

A todos pareció bien lo propuesto, y de nuevo por el barranco pedregoso la cabalgata trotó pesadamente hacia *Tres Caminos*, donde ya dos cuervos se encarnizaban sobre el cuerpo del pastorcito muerto. Al poco andar albearan las tiendas de D. Pedro á la claridad de las hogueras que por todo el campo humeaban.

El adalid de Santa Ireneia arrancó á la bocina tres sones lentos, anunciando hijodalgo. Dentro de la estacada, otras bocinas sonaron claras y acogedoras. Entonces el adalid galopó hasta el vallado á anunciar la mesnada amiga de los Ramires.

Tructesindo párase junto al pinar cerrado y obscuro por donde el viento gemía. Dos caballeros corrieron por la pendiente del otero gritando que D. Pedro de Castro esperaba al señor de Santa Ireneia, y mucho se placía en regalarle. Silenciosamente Tructesindo desmontó, y con D. García Viegas, Leonel de Zamora, Mendo de Briteiros y otros parientes de Solar, todos sin lanza ni broquel, descalzados los guantes, subieron hasta la estacada, cuyas cancelas se abrieran, mostrando á la claridad incierta de las fogaratas sombrías, corrillos de peones donde, por entre los bacinetes de hierro, surgían tocas ama-

rillas de mancebas y gorros emplumados de juglares. Apenas el viejo asomó á los barrotes, dos infanzones sacudieron la espada y gritaron:

— ¡Honra, honra á los ricoshombres de Portugal!

Las trompas mezclaban sus clamores vibrantes á los lentos sones de los tambores. Y por entre la turba que calladamente retrocediera en alas lentas avanzó, precedido por cuatro caballeros que llevaban hachas encendidas, el viejo D. Pedro de Castro el castellano, el hombre de las largas tierras y de los vastos señoríos.

— Vive Dios — exclamó D. Pedro — que la noche que os trae, primo y amigo, es grande. Que no esperaba yo tanta honra, ni siquiera tanto gusto.

Al rematar este duro capítulo, después de tres meses de trabajo, Gonzalo arrojó la pluma con un suspiro de cansancio. Ya le entraba la hartura de esa interminable novela. Esos Tructesindos, esos Bastardos, esos Castros, esos *Sabedores*, ¿eran realmente varones alfonsinos de sólida substancia histórica? Tal vez fueran unos huecos títeres mal engarzados en armaduras de hierro, poblando inverídicos campamentos y castillos sin un gesto, ó decir que datase de las viejas edades.

Al otro día no reunió en todo su sér coraje para retomar aquella correría de los de Santa Ireneia sobre el de Bayao. Por otra parte, ya remitiera tres capítulos de la novela y calmara las ansias de